

Mientras Mirta pedía el permiso, ella miraba siempre para otro lado, fijaba obstinadamente los ojos en un hueco mínimo que tenía el encaje de las cortinas, trataba inútilmente de pensar en cosas. De haberlo sabido hacer de cualquier manera, hubiera seguramente rezado, pero como nunca nadie le había enseñado ninguna oración, se limitaba a repetir mentalmente "dios-dios", "virgen-virgen", dándose cuenta de la ridícula ineficacia de semejante ruego. La madre de Mirta dijo que nó al principio, que ni hablar, con los argumentos previstos; grotesco que salieran en parejas, qué es la cosa, a los catorce años apenas cumplidos que tenían, unas mocosas al fin, y a un club social, ni hablar. Sin embargo Mirta confiaba en su infalibilidad de hija única y centro omnipotente de la rica casa de los Azcuénaga, y comenzó a repetir su monótono y cada vez más implorante, pero mami esto, pero mami lo otro, hasta llegar poco a poco al ay, mamita, por favor ya al borde mismo de las lágrimas y la resistencia fue cediendo, primero una grieta casi imperceptible en las defensivas de la señora Azcuénaga, luego un hueco cada vez más amplio por donde al fin pasó Mirta triunfalmente, arrasando a la madre, colgándose de ella y manoseándola hasta que la madre se la sacó de encima riéndose y a los empujones. Pero después volvió a recapacitar y se puso seria (o lo más que podía), para asegurarse una vez más que iba el hermano de Elisa, porque esto ya le daba cierta respetabilidad y garantía al paseo, además un chico ya mayor, diecinueve años y más serio por cierto que Javier, quien llevaba muy mal sus veinte años, porque qué tarambana... En ese momento Elisa sintió que se ruborizaba de la manera más estúpida y enterró la cabeza definitivamente entre los hombros, sólo por el hecho de pensar que Javier le tocaba, o sea que era su pareja, y admiró una vez más la sangre fría de Mirta, quien ni siquiera había pestañeado cuando la madre mencionó a su hermano, como si nada de este asunto la concerniera. Y no porque fuera realmente así; se probó que no era así cuando la madre al fin se retiró del cuarto después de otorgar el consentimiento definitivo, dictaminar con cuál vestido había que ir al Club a las cinco de la tarde, etc., y apenas traspuso el umbral y el ruido de sus pasos se ahogó en las alfombras lejanas, Mirta comenzó a dar saltos como loca encima de la

cama mientras el colchón de resortes la proyectaba cada vez más alto y rugía y se reía ahogada hasta que se calmó y vino al lado de ella, que había permanecido tendida en la cama como muerta, incapaz de dar crédito a la extraordinaria fortuna de salir por primera vez en parejas con alguien y ya perturbada por adivinar cómo sería la conversación con Javier y si podría o no desempeñarse en el baile para el cual tenía bastante poca gracia en tanto que Javier era una fiera que devastaba los salones (según contaba a veces Mirta, quien a la vez lo sabía de oídas, mientras comían pan de leche en los recreos).

Ya estaba, pues. Hoy es viernes y mañana, sábado, menos de veinticuatro horas porque ahora son las siete de la noche, iremos al club a tomar el té y a bailar en parejas. Alguien que no es un familiar mío y por consiguiente ni me hostiga ni tiraniza, estará a mi lado. Cómo serán las palabras que se cambian entre dos personas desconocidas de distinto sexo? Es curioso, las palabras la preocupan por sobre toda otra cosa; tiene la sensación y también el temor o la aprensión de que por ahí se conocerá algún día un misterio profundo, será develada la razón misma de la vida y todo dejará de ser tortuoso, complejo, inexplicable. Deben ser palabras distintas, desde luego, algo inédito y desconocido. No se trata de las conversaciones con las compañeras de la clase, que se mantienen en un tono equívoco, jadeante, desde la explicación de problemas de física hasta los cuchicheos sobre temas obscenos que siempre son impenetrables. No es, tampoco, el diálogo flácido con su madre y su padre, el diálogo eterno de las necesidades, que cubre todos los momentos del día, infatigable, a todas horas previsible; el cómo te fue en el colegio, el qué dijo la maestra del guardapolvo nuevo, el cuánto te costaron los libros, el fuiste ya al baño, el por qué no comes los tallarines, el te quedarás flaca si no comes la sopa hasta el final, el hoy parece que hay menos mosquitos, el tápate la garganta, porque te resfriarás, el andá hasta el almacén a traer medio kilo de azúcar y decile que mañana le pago todo, el si nó te apuras, vas a perder el dieciocho.

Eso no puede ser. De pronto nacerán nuevas palabras y en el calor del baile, Javier dirá lo que ella nunca ha oído.

Pero Mirta no ceja. Abre el ropero, comienza a medirse los ves-

tidos uno detrás del otro, descarta maldiciendo el que escogió su madre, le exige su opinión, la distrae de esa delectación morosa en el futuro inmediato. Menos de veinticuatro horas.

—¿Cómo es Javier? pregunta de pronto a Mirta.

Mirta se queda alelada encima de la cama, suspendiendo un vestido en el aire. La mira un rato, como si no entendiera la pregunta.

—¿Cómo es qué? le pregunta al fin a su vez— Si vos lo has visto a la salida del subte, te acordás, el día que salimos tarde de gimnasia?

—Ya sé, contesta Elisa. En realidad lo recuerda vagamente. Fue Mirta la que habló después atropelladamente de Javier, en el subte; pero tampoco se acuerda de qué habló, estaba distraída como siempre.

Al cabo de un rato insiste:

—Digo que cómo es...

Se calla.

—...así, de modo de ser.

Mirta se ha sentado en el borde de la cama y reflexiona.

—Bueno, dice al fin, es bestial.

—Ah! pronuncia apenas Elisa, aunque la cuestión se da por resuelta y contestada. Le gustaría insistir, (ahora se da bien cuenta de lo que quería preguntar); pero tal vez sea demasiado tarde, quisiera preguntar qué palabras usa, cómo habla, pero Mirta no entendería, se reiría a grandes carcajadas como lo hace habitualmente. Mirta es muy cariñosa, podía haber escogido a otra compañera más rica, pero resulta que siempre fue su inseparable. Daba gusto ser la mejor alumna, teniendo una amiga como Mirta. Una hermana. Entonces piensa en su hermano; qué tal se entenderá con Mirta, no le tiene demasiada simpatía, la considera frívola y bastante estúpida. Recuerda muy bien el día que se peleó con él a puños cuando dijo con una voz odiosa, solapada, que lo que es Mirta, si nó se llamara Azcuénaga, se notaría bien claro lo gordas que tenía las pantorrillas. Y ella que no podía ubicar muy bien las pantorrillas y aún ahora pensándolo bien duda si es en los muslos o en las corvas o dios sabe dónde, se sintió ultrajada en su más íntimo pudor y la emprendió a patadas con el hermano que

no paraba de reirse como si bubiera hecho el descubrimiento más notable del mundo. Cierto que después se hizo más amigo de Mirta y cuando la encontraba en la casa haciendo los deberes siempre le ofrecía caramelos, pero nunca se sabe con él, ya que no le habla, quizás nunca se han hablado, sino que se han reído juntos o se han pegado cuando eran chicos a veces bárbaramente. Nada más que eso, como son todos los hermanos mayores, al menos por lo que cuentan también las compañeras. Puede ser que con Mirta, puede ser. Ahora están enfrente al club.

Hace media hora que Javier pasó por la casa de ellos para buscarlos. Mirta venía a su lado, radiante con el vestido que, obviamente, no era el que había exigido su madre. "Esperémoslos en la puerta" le había dicho Elisa a su hermano, para evitar el bochorno de que pasaran y vieran la modestia de los muebles desaparejos y desvencijados. "Por qué" había contestado su hermano desafiante y luego, comprendiendo y con un dejo de desprecio, aseguró que lo que es él no iba a avergonzarse ante ese par, ese trío, mejor, de idiotas y algunas otras lindezas, después de lo cual se negó a salir. Elisa se quedó sola en el marco de la puerta. Un sol estridente reberberaba aún sobre la vereda, a pesar que ya eran casi las cinco de la tarde. Elisa cerró los ojos y se adormeció, encandilada, con la cabeza apoyada en el marco de la puerta, a la espera. Al poco rato apareció el volkswagen amarillo de Javier y entreabrió la puerta rápidamente para gritarle a su hermano con voz agitada que ya habían llegado. Javier frenó aparatosamente, Mirta y él se bajaron y su hermano que no salía, evidentemente a propósito, como siempre, tratando de mortificarla al máximo. Angustiada, ella se empeñó en que Javier volviera a sentarse al volante y con una energía que la asombró a sí misma empujó a Mirta en el asiento de atrás y se quedó de pie al lado de la portezuela, esperando al hermano.

El hermano saldrá con un paso premeditadamente lento, mirará el carro como si no hubiera nada delante suyo, hará a un lado a Elisa con cierta brusquedad y se sentará en el asiento de atrás junto a Mirta, saludando apenas a Mirta y a Javier con una mueca. Después de lo cual mirará hacia afuera y silbará *strangers in the night*, como si bajara solo y con las manos en los bolsillos por

los campos eliseos desiertos. Exasperante. Elisa ve todo esto con mayor receptividad que la normal; cualquier gesto la hiere de una manera tan punzante, que se siente desollada viva. Habrá que calmarse. Javier va a su lado sin dirigirle la palabra y por fin Mirta se pone a contar las cosas más absurdas y supuestamente divertidas, se inclina sobre Javier y ríe a gritos, ¿quizás un poco forzada y bulliciosa es su risa?— pero a Javier no debe parecerle así porque se da vuelta con grave riesgo de la vida de todos y maneja mirando para atrás, cada vez más ligero, frena abruptamente, Elisa recuerda una vez que la llevaron al parque de diversiones y se negó a meterse en los carritos que se chocaban con estrépito mientras todo el aire se llenaba de estallidos eléctricos. Le gustaría quitarle la palabra y la atención a Mirta, pero no puede entrar en el juego, Mirta siempre es así de absorbente y no deja resquicio. De pronto en medio de las carcajadas el hermano se inclina hacia Elisa y dice con una voz nítida: —te queda muy bien el pelo, siempre deberías peinarte así. Se produce dentro del resonante volkswagen amarillo un silencio estupefacto. Mirta se calla, vencida. Javier mira a Elisa y aprueba tímidamente con la cabeza. Elisa se da vuelta y mira confundida y espantada a su hermano, pero éste ya no le hace caso, fija obstinadamente a través de la ventana los balnearios descoloridos que se deslizan por la avenida del bajo y se pone a silbar con empeño y exagerado método *strangers in the night*. Así llegan al club, en silencio. Javier parquea el volkswagen en un estacionamiento desierto. Parece que no hay gente, oye decir Elisa a Mirta, quien viene un poco más atrás con el hermano.

Javier va a su lado, ¿comenzarán ahora las palabras?

El habla de pronto, abruptamente;

—¿Cómo saliste en el examen de geografía?

—¿Cómo sabés que tuvimos examen?

—Mirta me contó.

—Me fue bien, creo, todavía no dieron las notas.

—¿Sobre qué te preguntaron?

—La orografía de la India.

—Igual que a Mirta, entonces.

—Sí.

—Y Mirta se copió de vos, claro.

—Claro, pero eso qué importa.

—Importa, porque se vuelve más vaga de lo que es.

—Vos sabés muy bien que es inteligente, pero se muere de la pereza de estudiar.

—¿Y a vos no te da pereza ser comelibros?

—No soy comelibros. Me divierto más estudiando que haciendo cualquier otra cosa.

—¿Qué más hacés? ¿Jugás tenis?

—No, no me gusta mucho.

—Bueno, pero si no hacés más que tragar libros, ¿cómo sabés que eso te gusta más que nada?

—Porque me imagino las demás cosas y no me atraen.

—Sos un fenómeno entonces.

Elisa quisiera explicarle que nó, que no es un fenómeno, y por qué no lo es. Pero de repente se queda callada, perpleja y con una extraña conmoción en el pecho. Esas no pueden ser las palabras, evidentemente. No es más que un preámbulo. Se dice cualquier cosa, lo que no se piensa ni se siente, es sin duda la **conversación —obligada—entre el volkswagen—y—la—puerta—del—club**. Hay que franquear la puerta, hay que franquear la puerta, se repite con cierta angustiada obstinación.

Se franquea la puerta. Javier se para en el umbral, mira para adentro y emite un silbido prolongado. Tan prolongado que da tiempo a que su hermano y Mirta se les reúnan. Qué pasa, pregunta Mirta, acercándose y mirando también para adentro. “Acá no hay un alma”, dice Javier ligeramente contrariado. Y se da una palmada en la frente. Claro, burra, se nos olvidó que hoy es el día de la gran fiaca, exclama; primero de mayo, ché, pero que bárbaros somos!— Y se quedan un instante en silencio. Mejor así, prorrumpie Mirta con su infatigable voz jubilosa, todo el club es nuestro. Bueno, ¿pero qué hacemos? pregunta Javier, nos van a matar de hambre porque no habrá nadie para atender en el bar. Vayamos hasta allá, insiste Mirta.

Los cuatro comienzan a caminar juntos por el club desierto. Parece un muestrario abandonado de muebles de mal gusto; sillones niquelados, butacas redondas imitando groseramente los modelos

daneses, mesas bajas con revistas play-boy a medio abrir. Una leve brisa mueve las cortinas de tela pesada. Al ruido de sus pasos sale un guardián, que se adelanta hacia ellos de mala gana; hoy no hay servicio, dice, es primero de mayo. Nadie atiende en el bar, insiste Javier con insolencia. Pero el cuidador lo mira y no le contesta. Entonces siguen caminando, atraviesan los vestibulos vacíos, entran en el bar. Al costado hay un mostrador con algunas butacas altas, cerca unas cuantas mesas con las sillas apoyadas en las aristas, una pista de baile y una rocola brillante, que parece viva en medio de las cosas deshabitadas. Brillan los niquelados y los colores hirientes de los cromos azules y verdes. "Y ahora qué", pregunta desalentado Javier, con los brazos lacios alrededor del cuerpo. "Vámonos", dice el hermano de mal humor. Pero Mirta no se deja ganar por el desaliento. Tenemos todo lo que necesitamos; la rocola y la pista, y antes de dar tiempo a la reacción complacida o indignada, va hacia la rocola, vuelve, pide una moneda al hermano, regresa, la mete en la ranura y comienza a sonar la música más escandalosamente desafinada, definiendo imprecisamente un bolero. "Poné música que no sea de tu tatarabuela", replica a gritos Javier para que se le oiga. No hay más que vejestorios, pero algo es algo, dice Mirta invencible. Y se acerca a Javier, lo toma de la mano y lo lleva al centro de la pista.

—Cómo es de aturdida! piensa Elisa. Es a Javier que ha llevado a bailar, no a mi hermano. ¿Y ahora, qué van a hacer ellos dos? El hermano se ha sentado en una butaca alta acodándose en el bar vacío, y mira hacia afuera como si su destino estuviera indisolublemente ligado a un laurel que revienta de racimos de flores rosadas. Es repugnante el olor dulzón de los laureles, piensa ella, y siente ligeras náuseas. Se acerca al bar y acaba por sentarse también en una butaca. No mira hacia afuera, sin embargo, sino hacia la pista, esperando que termine la pieza. Javier habla con Mirta. ¿Le estará preguntando cómo le fue en geografía? No puede ser, porque parece saber todo lo que ocurre en su grado, entre sus compañeras. Mirta y Javier forman una buena pareja, eso no puede discutirse. Ya quisiera ella tener el desenfado de acercarse así a un muchacho y bailar pegado como si no hubiera hecho otra cosa en su vida. Y ahora qué ocurre. Mirta se separa de pronto de

su compañero, pero no viene hacia acá, sino que va de nuevo hacia la rocola y pone otra moneda y en menos de un abrir y cerrar de ojos ya está de nuevo bailando con su pareja. De tal modo que apenas termina el bolero comienza otro disco sin interrupción y resuena la voz de Sinatra. Este sí debería tocarle a mi hermano, él ha silbado toda la tarde *strangers in the night*. No se atreve a mirarlo. Imagina que sigue impenetrable perforando con la vista el laurel y ella acaba también por dar media vuelta y enfrentarse con el ventanal. Dulcemente se mecen las flores. Parecen... cierra los ojos, los aprieta, repite santa maría, virgen, virgen, dios, dios, pero entonces las imágenes repulsivas, atroces, se agolpan empujándose; como siempre, ni siquiera es el sexo, es cosas, todo revolcándose, la procacidad, en un limo espeso las cosas se hundén y se mueven viscosamente, abre los ojos, los racimos blanduzcos y rosados se mueven pendularmente, nunca habrá paz en el aire ni en la sangre, dios, virgen. Inútilmente. ¿Ha pasado mucho tiempo? Sale de su ensimismamiento cuando una mano se posa en su hombro. Javier, piensa, y la recorre una oleada de calor irreprimible. Vuelve a la realidad, la rocola sigue sonando una música lenta y trasnochada, pero no hay nadie en la pista. Comienza a sudar antes de darse vuelta. Por fin lo hace y ve a su hermano que mantiene la mano en su hombro. ¿Qué, bailamos? pregunta él mirándola rectamente. Por qué le habla ahora, si nunca le ha dirigido la palabra. Qué raro es oír su voz. Y la mano! “¿Cómo?” pregunta ella con voz casi inaudible. “¿Te quedaste sorda además de tonta?” pregunta él riéndose ligeramente. Es curioso. Su voz no suena enfurecida, todo lo contrario. Es como si estuviera en mitad de un mar desconocido, en medio de un oleaje desatado, y él hablara tiernamente para calmar el estrépito de las cosas. “Pero”, articula ella. El hermano se para y la toma de la mano, llevándola hasta la pista. “Estás hecha una idiota”, va diciendo, sin rabia; eso es lo peor de todo. Si al menos le diera un puntapié o si se pusiera a silbar con su infinito desprecio hacia todo lo creado. Pero esto es peor que todo. Se sonríe como un extraño, apoya su mano firmemente en la espalda de ella, comienza a girar con destreza por la pista. “¿Dónde están Mirta y Javier?” pregunta al fin, tratando de que la voz suene natural. Silencio. “Tomando té con

sandwiches”, responde él al rato con tono definitivo; “tenían hambre”. Pero si no hay servicio! replica ella enseguida tratando de que no se corte la conversación. “Por eso”, dice él a la misma velocidad. “¿Por eso qué?” repite ella, de nuevo extraviada. Se espesa otra vez el silencio. De repente él se para, aun cuando sigue sonando la música, la mira de frente y le pronuncia muy claramente a quemarropa. “¿Vos no sabías que Mirta es una puta?” De nuevo el golpe de sangre, pero esta vez tan violento, que se siente desfallecer. Jamás ha dicho él esa palabra. Jamás la han dicho en su casa. Jamás la ha oído, ni de cerca ni de lejos. La vió escrita en un baño del colegio, se acuerda, grabada con la punta de un compás en el revés de la puerta. Levantó los ojos y la vió, la palabra entera, misteriosa y brutal y le pareció que la apuñaleaban. El lo ha dicho así, firmemente, sin pestañear; y no se ha abierto la tierra ni se ha estremecido ese cielo violáceo. Nada extraño ha pasado. La rocola sigue, incesante, chisporrotean sus cromados belicosos sin que la palabra que se va hinchando y llena todo el ámbito vacío logre apagarlos. Entonces ella siente que le pasará la cosa más extraña del mundo; se reirá a carcajadas, ya se está riendo, cosa que al principio deja al hermano perplejo. pero enseguida se pone a la par y él también se ríe, los dos se ríen y se abrazan riéndose y ella lo besa por primera vez en su vida y él besa también su mejilla pura, tersa y encendida, y casi se caen de tanto reírse hasta que él para por fin, va hasta una pizarra que ella ni siquiera había advertido, coge una tiza y en medio de la pista de baile hace una rayuela gigantesca, busca una piedrita que le sirve de tejo y la invita a arrojar primero la piedra.

Ha oscurecido, pero la rayuela de tiza se ve aún claramente. Arriba está escrito con claridad CIELO y ella es una fiera para embocar siempre donde debe. “Hay mosquitos”, dice él de repente, rascándose. “¿No jugamos más?”, pregunta ella con aprensión. “Ya nó”, dice él hermético. “Y si nos fuéramos”, interroga ella con los brazos lacios alrededor del cuerpo, apretando todavía la piedra del tejo en una mano. “¿A pie?”, contesta él como para sí mismo. “Sería brutal tener las llaves del volkswagen y dejarlos metidos”. “Sa-

bés una cosa”, comienza de pronto ella con intrepidez. Pero se queda callada. “¿Y?” interroga el hermano más con los ojos que con otra cosa. “Nada”, musita al fin ella con desaliento. Y de improviso él “¿Tenés novio?” Nó, dice ella en voz baja, sintiéndose enrojecer en la oscuridad. “Yo tampoco tengo novia”, asegura él con voz firme “qué porquería!”. “¿Y entonces, con quién se habla?” se atreve a preguntar ella.

—¿Con quien qué?

—Que con quién se habla.

—Y para qué querés hablar, si no hay nada que decir. Todo es una porquería.

—¿Vos creés que todo?

—Todo, menos uno mismo. Yo hablo conmigo y así me fui dando cuenta de que todo lo demás era una porquería.

—Yo pienso a veces...

—¿Qué?

—No sé. Las cosas más locas.

—Eso no sirve. Pensar no sirve. Acabás vos también pensando porquerías. Hay que hablar solo, aunque sea en voz baja.

—¿Y por qué no hablás conmigo?

—Porque creía que eras una idiota tragalibros.

—¿Y desde cuándo dejaste de creerlo?

—Desde que te pusiste a rezar estupideces, hace un momento, cuando estabas sentada en el bar, para no pensar en porquerías.

Ella se siente morir. La oscuridad es casi completa y la lámpara prendida en el patio de afuera no alcanza a iluminar la rayuela. Busca inútilmente la palabra CIELO. Se oyen pasos y aparecen Mirta y Javier en el umbral del fondo del bar. O se adivinan, porque en la penumbra no se les ven las caras. “¿Qué hacen los hermanitos?” pregunta Javier con una voz falsamente desenfadada. “¿Se divierten en la oscuridad?”. Nadie contesta, pero el hermano levanta la mano y acaricia rápidamente el pelo de Elisa, que da un salto hacia atrás como si la quemaran. Entonces el hermano se mete las manos en los bolsillos y se pone a silbar su tonadita mientras va saliendo despacio del bar.

Entran en el volkswagen en silencio. Mirta va adelante y no gira

la cabeza hacia atrás por nada del mundo. El hermano deja de silbar y el silencio se hace horrible.

—¿A dónde? pregunta Javier, tratando de disimular su malestar.

—A la casa nuestra, corta el hermano.

—¿No sería lo mismo que los dejáramos en el sesenta?, pregunta Javier, se ha hecho muy tarde.

—Nó, a la casa, repite el hermano, cortante.

—Bueno, admite Javier, sin más réplica.

El viaje es eterno. Se han prolongado las calles, las avenidas, los cruces. Las mismas casas se repiten, ya pasamos por ahí, dos, tres veces, esa heladería estaba iluminada, ¿por qué no llegamos? de nuevo el paso a nivel, cien, mil veces el mismo tren, pasa y pita, un hombre lee el diario desplegado claramente a través de la ventanilla. Nadie volverá a hablar nunca. Se acabaron las palabras. Las que se han dicho quedarán incrustadas, en la carne hacia adentro, hurgando el hueso; la geografía de la India, la palabra escrita en el baño con la punta del compás, y las que decretan sabiduría suprema; todo el mundo es una porquería, menos vos, menos yo, si me tocás el pelo, de nuevo correré por un túnel negro, interminable, y al fondo encontraré el agua turbia, espesa y suficiente que necesito para ahogarme. No es cierto que Mirta. No es cierto que todo el mundo. Vos sos una porquería. Es cierto que todo el mundo. Es cierto que Mirta. No te acerques. Las flores del laurel meciéndose con su repugnante hedor de canela. No llegaremos nunca.

El volkswagen amarillo frenó suavemente. La madre salió al encuentro, después que evidentemente había esperado en la ventana. Sintió a su hermano erizarse y ella misma se puso tensa, dispuesta al ataque.

—¿Se divirtieron? preguntó con su más tierna sonrisa.

—Sí, dijo Mirta con voz débil, sin que se le viera la cara. El hermano empujó brutalmente el asiento de Mirta hacia adelante y sin saludar ni a uno ni a otro ni a su madre, salió a la vereda. Enseguida se dio vuelta, mantuvo el asiento de Mirta apretado contra el vidrio delantero y extendió la mano para ayudar a salir a Elisa.

—Talueguito, dijo la madre con voz musical despidiendo a los del volkswagen. Y se acercó a sus hijos, dispuesta sin duda a

redoblar su solicitud. Pero el hermano empujó a Elisa por el tramo del jardín que faltaba antes de llegar a la casa y le cuchicheó rápidamente al oído. "Juntos contra ella, ¿verdad?". "Sí", contestó ella con igual voz de cómplice.

El hermano le buscó la mano y se la mantuvo apretada mientras entraban a la casa.